

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XII.

DIRECTOR PROPIETARIO:

RAMON BLANCO ROJO

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia 50 céntimos al mes. Fuera 2 pesetas trimestre.
Número suelto 10 cts. Redaccion: Victoria, 53.

COLABORADORES:

TODOS LOS SUSCRIPTORES

NÚM. 541.

MURCIA 9 DE SEPTIEMBRE DE 1900

La Juventud Literaria

CAMINO DE LA PLAZA

La tarde está esplendorosa y al loco placer conviela. Hoy no hay duelos, hoy no hay penas, ni privaciones, ni culpas, ni presentimientos tristes, ni pesares, ni desdichas; ni dudas que el alma postran, ni temores que contristan... Hoy todo es gozo, venturas, ilusiones, alegría; contento, placeres rápidos que un instante nos fascinan; algazara, voces, palmas, vertiginosas sonrisas... ¡La sangre española hierve! ¡Pronto empezará la lidia!

Caminito de la plaza dando voces inauditas, la muchedumbre frenética con aire marcial camina. ¡Qué cuadros! ¡Nadie está triste! Hasta el pobre que mendiga parece que distraído con ajenas alegrías, á mendigar no se atreve y de sus penas se olvidal. Aquí una dama que lleva tan bien puesta la mantilla; que al pasar, todos los hombre con entusiasmo la gritan: "¡olé la sal y sahero de las mujeres bonitas!" "¡Viva la gracia!" "¡Chipén la tierra é María Santísima!" "¡Después de que usted me mire, que me peguen la puntilla!" Allí un pollo que presume por que su novia (una niña tan insulsa como hermosa) con mucho amor le mira. Allí un coche engalanado que conduce la cuadrilla. Allí unos calaveras, que llevan la primer pitima y para no abandonarla salchichón y manzanilla. Más allá dos niñas cursis con la clásica mantilla, que esperan como alma en pena de amor palabras mentidas. Un coche que veloz pasa lleno de gente que grita: "¡A los toros!" "¡A los toros!"

«¡Vaya una mujer divina!»
«¡Adiós princesa!» «¡Adiós tú!»
«¡Ria cochera, más de prisa!»
«¡A los toros, á los toros que va á empezar la corrida!»
Y una chula descarada que con desparpajo mira y va derramando sal por las ceras del Manila...
Y chulones aburridos, y mujeres muy bonitas, y sombreros cordobese, y mantones de manila, y chaquetillas toreras, y palmas y olés y vivas...

La tarde está esplendorosa y al loco placer con vida. Hoy no hay duelos, hoy no hay penas, ni pesares, ni desdichas; hoy todo es gozo, y venturas, mañana... ¡será otro día!

FÉLIX CUQUERELLA.



AMOR FILIAL

—(«O»)—

El excelente párroco de un pueblo observaba con especial atención á los niños. Decía, y decía muy bien: «El hombre será lo que haya sido el niño.» La casa del buen eclesiástico, más que una casa parecía escuela: tal era la multitud de niños que en ella solía haber. La algazara infantil alteraba el orden en aquella morada, tranquila durante las horas de escuela. Y el buen eclesiástico veía y observaba, sonreía observando, y solamente tomaba la palabra cuando algún diablillo proponía á sus compañeros algún juego que pudiera serles perjudicial. No hay para qué decir si faltaria la correspondiente merienda á la

hora de costumbre, tratándose de la bulliciosa gente cuya principal virtud jamás fué la sobriedad. Hemos ya dicho que el buen cura observaba mucho, estudiaba el carácter de cada niño, y para inculcar en su ánimo el amor á la virtud jamás ofrecía premio; porque decía, y muy bien: —El premio para después, cuando se haya merecido por hechos naturales y espontáneos. El premio anticipado trae hipócritas y embusteros, que es lo mismo. Uno tarde, al repartir como de costumbre la merienda, el cura observó que un niño la rechazaba. —¿No te gusta?—le preguntó. —Sí, señor. —¿Estás enfermo? —No, señor. —¿Por qué no meriendas? —No tengo gana. Siempre observador el párroco, notó que el rostro del niño se había puesto encendido al decir que no merendaba por falta de apetito. Era, naturalmente, veraz, y la mentira, por más que en aquel caso fuese disimulada, no podía salir de sus labios sin dejar sobre el rostro algún signo, aunque fuese fugaz, ostensible. Al siguiente día, la escena presentó mayor interés. El buen párroco observaba oculto por una puerta, y vió al niño recorrer con la vista á cuantos le rodeaban, y convencido de que nadie le miraba, encarnado el semblante como una amapola, guardó en sus bolsillos la merienda. Poco después apareció el sacerdote, llevó al niño á su despacho, y entabló el siguiente diálogo: —¿Por qué no meriendas hace dos días? Di la verdad; tú no eres embustero, y por eso te ruborizaste ayer al contestar «no tengo gana».

Y como el niño se limitase á bajar la cabeza, el excelente eclesiástico le instó con su habitual dulzura, y el niño contestó: —Ayer no merendé porque mi buena madre no había comido. —¿No había comido! ¿Pues no cobró ayer su exigua pensión? —Sí, señor. —¿Y no le dura todavía? —Se la dió entera á una vecina, á quien le debe dinero desde que yo estuve enfermo, y la avergonzó en la plaza. —Bueno es saberlo, para saber lo que es la caridad cristiana; y hoy ¿no comió tu madre? —No, señor. —¿Y por eso no has merendado? El niño comenzó á llorar en silencio, y púsele encarnado como la grana. —Vamos, hijo mio, buen ánimo, que yo te ahorraré el mal camino. Ayer no quisiste merendar porque te dolía comer no habiendo comido tu madre; y hoy, creyendo que no te veían, has guardado tu merienda para llevársela... No flores, querido mio, tu acción es meritoria; pero serenate y merienda. —No, no señor. —Tomaré la mitad. —No, por cierto; merienda, y después te acompañaré á casa, y á tu madre nada le faltará, como á su vecina tampoco le faltará, su merecido. Después de aquel día el hijo fué mirado con el mayor aprecio por el buen párroco, quien le dió carrera y le hizo llegar hasta ser hombre importante; tuvo este hijos, que fueron con él muy buenos, para que no faltasen las palabras de eterna verdad. Con la vara que midieres serás medido.

—(«O»)—

